



PRÁCTICAS ACADÉMICAS BÁSICAS PARA UN MEJOR PROFESOR UNIVERSITARIO EN LA UMSA.

Autor: Msc. Antonio Erwin Galoppo von Borries
ergaloppo52@hotmail.com

A mis 64 años, desconfío de las propuestas altisonantes de los ámbitos educativos, incluidos los de las universidades, pues veo que no obstante los buenos deseos expresados en varias “reformas” educativas, la educación no ha mostrado cambios significativos desde que era yo un chico de escuela primaria. Hoy día los escolares son en su mayoría igual de memoriones como lo fuimos nosotros en la escuela boliviana, hace ya más de 50 años.

Hablar de un docente universitario de “excelencia” para nuestra universidad, parece un maravilloso deseo, pero un poco pretencioso y nada humilde, dadas las numerosas condicionantes a las que está sujeta nuestra sociedad. Por esta razón prefiero titular este ensayo con un “mejor profesor universitario” en lugar de un “profesor universitario de excelencia”, aunque por supuesto el propósito es el mismo.

Debo advertir que teniendo sólo un diplomado en educación superior, este ensayo reflejará más una propuesta nacida de la experiencia concreta de haber conocido sistemas de enseñanza y aprendizaje en el “primer mundo” como estudiante, y en nuestra universidad como docente.

Con la dificultad cada vez mayor de leer documentos extensos, más aún entre los estudiantes y la gente de la calle -a los que también está dirigido el ensayo- presento este trabajo de una manera concisa y sin ninguna pretensión académica, sino solo con el sincero deseo de ayudar a superar de manera concreta algunos de los que creo son nuestros defectos, en la búsqueda de una mejor universidad y de que los jóvenes profesores aprovechen de las experiencias de sus predecesores.

Presento el ensayo en una forma de “consignas”, a las que nuestra pereza nos ha acostumbrado, pero que considero más efectivas y prácticas, aunque probablemente mucho menos “profundas”.



UNIVERSIDAD MAYOR DE SAN ANDRÉS

DEPARTAMENTO DE PLANIFICACIÓN Y COORDINACIÓN



ENSAYOS UMSA 2016

Seguramente muchos de los profesores universitarios coincidirán con algunas de estas “consignas”, o estarán en desacuerdo con ellas, pero podrán alimentar a una reflexión y discusión constructivas, tal como lo desea la convocatoria a estos ensayos.

He aquí las “consignas”:

El profesor debe estar consciente de su responsabilidad social y debe también exigir conciencia y responsabilidad social a sus alumnos

Muchos años después de enseñar a tiempo parcial, me di cuenta que aunque las horas de clases en la universidad representaban una pequeña parte de mi actividad laboral, el trabajo de educador tenía una responsabilidad social de gran importancia: estaba en la posición de poder influir en algo en el éxito o el fracaso del futuro de muchas personas y de su desempeño en nuestra sociedad. Pero al mismo tiempo me daba cuenta que dicha responsabilidad no podía ser en un solo sentido, al ver la informalidad en la asistencia de muchos de los alumnos a clase. Yo estaba pensando en mi responsabilidad y los estudiantes parecían no darse cuenta de la de ellos, así que un día pregunté si el profesor debía cumplir con su obligación de dar sus clases. Me respondieron que sí, puesto que se le pagaba por realizar su trabajo. ¿Quién pagaba? : Los impuestos recaudados gracias al trabajo de los bolivianos. Entonces retruqué: ¿Quién pagaba para que los estudiantes tuvieran una educación gratuita en la universidad pública?: los mismos impuestos.

Conclusión: la sociedad nos paga a ambos, a unos para enseñar y a otros para aprender, para que una vez profesionalizados seamos útiles a nuestra comunidad. Tenemos derecho a tener un trabajo o a educarnos pero también tenemos obligaciones para enseñar así como para aprender.

Y aquí hacemos énfasis en la diferencia entre “aprender” y “estudiar”. Muchos estudiantes llegan a la universidad con lo que se podría llamar “el defecto del colegial”, es decir que confunden el propósito (aprender) con la actividad que lleva a dicho propósito (estudiar), y estudian sin aprender. Muchos universitarios siguen estudiando como en colegio. Siempre repetimos “Sólo quieren aprobar”. Si los docentes no somos capaces de hacer cambiar el chip mental de los alumnos, entonces habrán personas que prefieran



UNIVERSIDAD MAYOR DE SAN ANDRÉS

DEPARTAMENTO DE PLANIFICACIÓN Y COORDINACIÓN



ENSAYOS UMSA 2016

con cierta razón, “aprender en las arrugas de los viejos” (David Choquehuanca, Ministro de Relaciones Exteriores, hace pocos años) u otras que exclamarán “¡Salvemos a Bolivia de la escuela!” (Mariano Baptista Gumucio, Ex-Ministro de Educación, en el título de uno de sus libros, hace ya varios años).

El profesor debe seguir aprendiendo y enseñar a sus alumnos a “aprender a aprender” para seguir aprendiendo.

Recién bachilleres, la mayoría llegamos a la universidad con la idea únicamente enfocada en un pilar de la educación denominado “aprender a hacer”: por ejemplo, queremos estudiar medicina para aprender a curar, ingeniería para aprender a construir obras, etc. Pero en la universidad-a diferencia del aprendizaje empírico-, no sólo se aprende haciendo sino también estudiando, es decir acercándose al conocimiento o al saber, no sólo por la experiencia práctica, sino también a través de una disciplinada lectura sistemática, ordenada y reflexiva -“con pienso”- de los textos y también mediante su aplicación en los llamados “trabajos prácticos”.

Hoy, con el vertiginoso desarrollo tecnológico y del conocimiento científico y la aparición más rápida de nuevos paradigmas, se ha hecho evidente que la actualización continua en los conocimientos es una cuestión elemental de sobrevivencia. Si no hemos “aprendido a aprender” como reza otro de los pilares de la educación, el futuro se nos presenta incierto, pues no sólo estaremos rezagados y dependientes de los que saben más, sino que también seremos incapaces de producir conocimiento.

Sin embargo muchos estudiantes no han aprendido a estudiar ni a aprender en el colegio y no aprenden a estudiar ni a aprender en la universidad, llegando a titularse con muchas deficiencias. Hay docentes universitarios que consideran que enseñar a estudiar y a aprender es el rol de los profesores de primaria y secundaria y no de los profesores de la universidad.

Ni este tipo de profesores, ni el jocosamente denominado “profesor de las páginas amarillas” (aquel que a fuerza de utilizar los mismos apuntes durante muchos años, los tiene descoloridos), le hacen bien a la universidad.



UNIVERSIDAD MAYOR DE SAN ANDRÉS

DEPARTAMENTO DE PLANIFICACIÓN Y COORDINACIÓN



ENSAYOS UMSA 2016

El profesor que no se actualiza, no sólo atrasa el desarrollo de sus alumnos sino que además socava el valor del esfuerzo: el estudiante comienza a percibir que no siempre la recompensa es fruto del esfuerzo y qué mejor si éste es el mínimo esfuerzo. Finalmente ambos dejan de darse cuenta que tanto enseñar como estudiar es trabajar y que todo (buen) trabajo es un (gran) esfuerzo a realizar.

Por último, el profesor que no enseña a sus alumnos a seguir aprendiendo por si solos, es el que les da pescado y no les enseña a pescar; es el que escuchará de algún antiguo alumno que “sólo la práctica enseña” refiriéndose a la práctica profesional una vez egresados de la universidad, sin percibir que la práctica de estudiar en la universidad también les hubiera podido enseñar, además de ganar un tiempo precioso.

El profesor, además de poseer y enseñar competencias de su especialidad, debe poseer y enseñar competencias generales.

Las competencias generales son valoradas en los sistemas universitarios de todo el mundo y son las que todo universitario debe adquirir durante sus estudios, porque permiten la correcta comunicación de los hallazgos científicos y tecnológicos. Estas competencias se refieren a: saber leer, escribir y hablar correctamente en el idioma en el que uno se expresa, manejar la lógica numérica aritmética mínima, saber hacer e interpretar gráficos, y tener capacidad de análisis.

La experiencia laboral fuera de la universidad nos ha mostrado que las personas, que además de tener las competencias específicas de su profesión, poseían también las competencias generales mencionadas, ocupaban con mayor solvencia cargos más elevados en las instituciones.

Sin embargo, cada vez es más común tener diferentes tipos de profesionales y, entre ellos, profesores universitarios, que muestran pobres competencias generales. Piense solo en los comunicadores que confunden los miles con los millones, las faltas de ortografía en documentos de profesionales de las ingenierías, el escaso razonamiento aritmético en los profesionales de disciplinas sociales y la generalizada escasa comprensión de gráficos, tablas y mapas que solo sirven para “decorar” los documentos.

Aquí existe el riesgo de confundir el manejo correcto del lenguaje con fines de discriminación social, con el manejo correcto del lenguaje para fines de una buena comunicación, más aún si somos un país multicultural



UNIVERSIDAD MAYOR DE SAN ANDRÉS

DEPARTAMENTO DE PLANIFICACIÓN Y COORDINACIÓN



ENSAYOS UMSA 2016

con tres idiomas principales (castellano, aymara y quechua). Sin embargo, el buen manejo del lenguaje oral, escrito y gráfico es esencial para la buena comunicación en el proceso de enseñanza-aprendizaje.

¿Cómo hacer entender el sentido de una frase sin entender el significado de una palabra? Esa es una pregunta inquietante al descubrir el cantinfleo de algunos profesores o al descubrir que los estudiantes ignoran el significado de las palabras de uso común que utiliza el profesor. Pero además la construcción de nuestro castellano es tan peculiar que puede descolocar cualquier pensamiento pretendidamente riguroso – ¡Genial Papirri!

Saber leer sin entender es muy común en nuestro medio, por lo tanto ¿qué esperar del estudiar, donde el leer entendiendo es fundamental?

La intención de que las personas sean bilingües en nuestro país -castellano y el idioma nativo de la región- tiene una justificación moral de reconocimiento de las otras culturas, mientras que el manejo uniforme del castellano tiene su justificación en la necesidad de mejorar nuestra comunicación para un adecuado acceso a la educación, la ciencia y la tecnología; y creo también para una adecuada convivencia, solo recuerde cuántas discusiones se han sostenido por creer que se estaban diciendo cosas diferentes, cuando lo que se pensaba era lo mismo.

Eso lo han entendido, por ejemplo, las universidades de los Estados Unidos, también país multicultural y con fuertes diferencias educacionales de sus bachilleres, por lo que desde el primer año universitario enseñan a sus estudiantes las competencias generales que les servirán en sus estudios y en su vida profesional. Nuestra universidad ya lo ha hecho en algunas de sus facultades o Carreras; no obstante, muchas veces una materia obligatoria puede no ser tan efectiva como encender la conciencia de esta necesidad en nuestros alumnos y que aprendan estas competencias generales también a través del desarrollo de toda otra materia. En eso los profesores debemos mejorar y trabajar.

El profesor debe relacionar su actividad y la actividad de sus alumnos con las actividades de las empresas, instituciones y de su comunidad.

Es curioso que habiendo reconocido hace ya bastante tiempo la necesidad de ligar la actividad universitaria



UNIVERSIDAD MAYOR DE SAN ANDRÉS

DEPARTAMENTO DE PLANIFICACIÓN Y COORDINACIÓN



ENSAYOS UMSA 2016

con el sector “productivo” de la sociedad, los esfuerzos se reduzcan casi a un trabajo de “interacción social”, donde la universidad se constituye en un benefactor de ciertos servicios, sin generar una importante demanda de investigación y conocimiento. Muchos docentes se limitan a desarrollar su materia de forma aislada a lo que se está haciendo fuera de la universidad en actividades que tienen que ver con su materia. Esto genera entre los estudiantes una percepción de que la materia es “teórica” y de ahí, el “boom” de las pasantías, que en cierta forma enlazan a la universidad con su sociedad. Sin embargo, la universidad sólo está aportando con “mano de obra” gratuita o casi gratuita para labores que muchas veces no requieren de un conocimiento especializado.

El profesor debe estar al tanto de lo que la sociedad está haciendo en relación con su materia, e incorporar este conocimiento en su enseñanza e investigación y en el aprendizaje de sus alumnos. Pero a la vez, el profesor debe ser una voz solvente ante la sociedad para la exposición y consulta de conocimiento especializado (Piense en la cadena de televisión CNN y la consulta periódica a profesores universitarios sobre temas de actualidad).

El irónico adagio “El que sabe, sabe; y el que no, está en la universidad” encierra un mayúsculo menosprecio por la capacidad del profesor y por la educación formal. Esta es una percepción de la sociedad que los profesores estamos en el deber de revertir.

El profesor debe tener un espíritu crítico y promover ese espíritu crítico en sus alumnos.

Aunque somos críticos en nuestra vida diaria, utilizamos la crítica muchas veces en forma destructiva y anónima y en todo caso, rara vez somos autocríticos o aceptamos las críticas.

Esta forma de actuar puede ser una de las causas de que no haya una tradición de crítica constructiva (la que hace avanzar) en los medios académicos. Nos molestamos si recibimos una crítica académica y no queremos criticar académicamente por miedo a despertar enemistades.

El espíritu crítico tiene la finalidad de descubrir algo que está mal para corregirlo, cambiarlo o superarlo.

Mostrar las imperfecciones del conocimiento, sus tendencias tanto al error como a la ilusión, como pide Edgar Morin (Los siete saberes necesarios para la educación del futuro, UNESCO 1999), es un ejemplo claro



de espíritu crítico y de declaración de humildad.

El profesor debe alentar la crítica constructiva en sus alumnos, pidiéndoles la crítica a su propia enseñanza y aceptando con humildad las críticas fundamentadas.

El espíritu crítico debe estar alerta no sólo con los textos de los autores, sino también con la propia vida universitaria. ¿Son buenas las campañas prebendales en la elección de autoridades? ¿Debe imponerse cualquier medida por decisión de una asamblea?, etc.

Sin crítica constructiva, ni la universidad, ni la sociedad irán hacia adelante.

El profesor debe tener una actitud reflexiva en su enseñanza y promoverla en el aprendizaje de sus alumnos.

Posiblemente muchos colegas coincidirán en que un buen número de estudiantes llegan al final de sus estudios con el hábito de estudiar “sin pensar”. Muy probablemente esto se deba a que en la universidad, los profesores no hemos demostrado una actitud reflexiva en la propia enseñanza ni tampoco la hemos exigido en nuestras evaluaciones. En otras palabras, esto significa que el alumno es muy amigo de los “formularios”, pero incapaz de demostrar las “fórmulas” en las materias matemáticas, o que no sabe buscar ni explicar las causas de los fenómenos físicos, biológicos o socio-económicos. Fenómenos elementales de muchas disciplinas que se enseñan desde el colegio, tampoco son entendidos a nivel de la universidad. Las respuestas son circulares, es decir se responde a las preguntas con las mismas preguntas en forma de respuesta, estando además muy poco entrenados en el ejercicio de la argumentación.

Lo curioso es que en la vida diaria, todos podemos ser reflexivos; no obstante, apenas planteamos una pregunta de una materia, se acaba la reflexión y la memoria trata de buscar y encontrar la respuesta. ¡Cuán común es la respuesta “no recuerdo”, o “me he olvidado”!

El hábito de estudiar de memoria y sin entender es muy tenaz y se refleja lamentablemente en un pobrísimo aprendizaje, no sólo en el nivel de la escuela, sino también en la universidad. Cuán desmotivadora (por lo menos para el profesor, aunque también lo debiera ser para el alumno) es la sorpresa de no obtener respuesta alguna cuando se hace una pregunta sobre un concepto enseñado apenas una semana antes.



UNIVERSIDAD MAYOR DE SAN ANDRÉS

DEPARTAMENTO DE PLANIFICACIÓN Y COORDINACIÓN



ENSAYOS UMSA 2016

Enseñar y estudiar pensando nos ayudará a aprender de verdad y a retener lo aprendido.

Docentes y estudiantes debemos guiarnos por el adagio que dice “Vale más una cabeza bien hecha que bien llena”.

El profesor debe interactuar con los otros profesores y enseñar a sus alumnos a interactuar entre ellos.

Probablemente por la escasez de la demanda de trabajo profesional en el país, el profesional se ha acostumbrado a trabajar de manera egoísta con sus colegas, pues ve en ellos más una fuente de competencia que de colaboración. Los verdaderos equipos de trabajo son muy pocos, tanto en las empresas e instituciones como al interior de la universidad. Todavía no hemos aprendido que avanzamos más colaborándonos, compartiendo el conocimiento de cada uno, que siendo mezquinos con nuestro pequeño saber. Docentes de materias relacionadas deben interactuar para provocar sinergias en el aprendizaje de los alumnos. Lo mismo entre investigadores sobre temas comunes para ganar tiempo y recursos.

Los profesores debemos alentar el trabajo en equipo de los estudiantes (el verdadero, no aquel en que unos trabajan y los otros aprovechan)

El profesor debe ser simple sin dejar de ser profundo.

Es sorprendente la simpleza con la que presentan los grandes maestros sus enseñanzas. Nuestro medio, muy afecto a confundir forma con sustancia, “adorna” las expresiones hasta el extremo de hacerlas incoherentes o incomprensibles.

Muchas veces la ignorancia sobre un tema se oculta tras un discurso incomprensible y el alumno no se anima a pedir aclaración, pues el medio ha impuesto también la creencia de que el que pregunta es un tonto o un “corcho”.

El estigma del “corcho” es la expresión de que nuestro medio prefiere nivelar el aprendizaje hacia abajo, hacia lo mediocre; por eso la fijación en la “excelencia”.

Me animaría a lanzar la hipótesis de que si tenemos tan alta proporción de estudiantes en las Carreras de



UNIVERSIDAD MAYOR DE SAN ANDRÉS

DEPARTAMENTO DE PLANIFICACIÓN Y COORDINACIÓN



ENSAYOS UMSA 2016

Derecho es porque nuestros profesores de colegio no pudieron mostrarnos con simpleza las matemáticas, la física, la química y hasta la biología. Recuerdo con pena haber leído un texto de biología de mi hija cuando cursaba el colegio y compararlo con un texto universitario de un país avanzado. El primero abundaba en la descripción con términos especializados de los componentes de un sistema y mencionaba apenas los procesos y las funciones, obligando al alumno a estudiar de memoria, mientras que el segundo describía los mismos componentes con palabras comunes, pero insistía más en los procesos y las funciones, es decir, en aprender lo esencial.

Podemos y debemos enseñar sin complicarles innecesariamente la vida a los alumnos. Debemos enseñarles a separar lo principal de lo secundario, a ver no sólo los árboles sino también el bosque.

El profesor debe leer en castellano y en inglés y hacer leer a sus alumnos en castellano y en inglés.

¿Por qué leer? Porque a través de los libros, artículos científicos y otros textos podemos acercarnos a síntesis del saber, producto del trabajo de cientos de miles de personas durante varios siglos. ¡Qué gran ventaja frente al aprendizaje empírico! Por eso se entiende que los países más avanzados tienen enormes bibliotecas como la Biblioteca del Congreso de los EEUU o la Biblioteca Nacional de Francia, o que relievan la importancia de la invención de la imprenta por Gutenberg alrededor del año 1440, y de las actuales tecnologías de información y comunicación y del Internet.

¿Pero, por qué leer en castellano y en inglés? En castellano, porque es nuestro primer idioma “universal” (que lo hablan y leen unos 590 millones de personas) y por medio del cual accedemos a una buena cantidad de bibliografía científica y podemos comunicarnos con profesionales y académicos del mundo llamado hispanohablante. En inglés porque a través de este idioma podemos comunicarnos con personas de idiomas totalmente diferentes y porque la mayor parte de producción científica está en inglés.

También leer, porque leyendo se aprende a escribir. Quizás uno de los motivos por los que somos muy poco afectos a escribir o nos cuesta tanto hacer nuestros proyectos y tesis.

Finalmente, leer para ver más allá de nuestras narices, dejar volar nuestra imaginación, abrirnos al mundo y disfrutarlo plenamente.